Gustavo G. Velázquez

Su primera noche en México*

Amelia abandonó ese pesado tren de Guadalajara que deja el cuerpo como si hubiera recibido una paliza y se dejó arrastrar por el oleaje humano hacia la salida de la estación de Buenavista. No esperaba encontrar a nadie ni siquiera tropezar con algún rostro conocido. Su prima Elisa, con la que pensaba trabajar ayudándole en la casa de modas que tenía establecida, no estaba al tanto del viaje de Amelia, que algunos habrían considerado una aventura peligrosa.

Salió de la estación y una bocanada de aire fresco, por la lluvia que recientemente había caído, le azotó el rostro. Era poco alentador, pero seguía lloviznando tal como había podido percibir desde que el tren había comenzado a entrar en los patios de la estación. Era preciso buscar un "libre". Las luces de colores centelleaban confusas a través de la lluvia y de entre aquel cúmulo de coches, que semejaban bestias enloquecidas, se alzaba el constante y estridente silbato del policía de tránsito.

Se acercó a la esquina e hizo la señal para que se detuviera uno de aquellos coches que en la capital se llamaban "libres" y que ahora, más cosmopolitamente, se llaman taxis. Se detuvo el auto y ella abrió con rapidez la puerta trasera dejándose caer, fatigada y friolenta, en el asiento.

– ¿A dónde he de llevarla, señorita? ¿A qué dirección?

Con gesto sorprendido e impaciente buscó el bolso de mano en que estaba el papel con la dirección de su prima Elisa. Recordó haberlo metido antes de bajar del tren en la petaca, por miedo de perderlo en las apreturas. Puso la petaca sobre las rodillas y levantó la tapa revolviendo el contenido, no sin abrir tamaños ojos de sorpresa. Allí no estaba la dirección.... pero ni siquiera sus cosas. Aquella petaca no era de su propiedad ni las cosas que contenía eran útiles. ¡Que desgracia más grande habíale acontecido! ¿Cómo era posible haberse confundido?

Bajó apresuradamente del taxi, pidiéndole perdón al chofer, y se metió de nuevo en el andén de la estación. Era preciso hacer algo, reclamar. En fin, tenía que recuperar su maleta, porque la que tenía entre las manos no sólo no le pertenecía sino que en nada le podía ser útil.

La estación sin la aglomeración humana tenía un aire de aburrimiento sobre todo a esa hora y con la llovizna, en que uno que otro viajero rezagado quedaba por ahí. Durante diez minutos Amelia habló con algunos empleados explicando varias veces la misma historia. Recorrió la sala de equipajes, habló con los que asean los carros del ferrocarril y por fin, angustiada, sentóse en una de las bancas de la sala de espera sin saber qué camino tomar ni a dónde ir, aunque calculando el riesgo que para ella representaría quedar sola, en una ciudad tan grande como México, sin ninguna persona

Gustavo G. Velázquez.† Abogado, político, historiador, académico y periodista.

* Hace 40 años, Gustavo G. Velázquez y yo nos confabulamos en la redacción del diario *El Heraldo de Toluca* para inventar un curioso personaje: Policarpo Rosas.

El maestro Velázquez era en aquel entonces editorialista y encargado de la sección literaria; yo, reportero de policía.

La historia que urdimos decía que Policarpo Rosas era un bohemio que había muerto en la vía pública. Al revisar el cadáver en la Comisaría, se había encontrado un rollo de hojas de papel, amarillentas y maltratadas, en las que aparecían los poemas del infortunado borrachín. Ni tardo ni perezoso, yo sustraje los poemas y los llevé a la redacción de *El Heraldo.*

Con una nota que explicaba esto, el maestro Velázquez inició la publicación de los poemas de Policarpo, que en realidad eran suyos, de modo que "Policarpo Rosas" se convirtió en uno más de sus seudónimos.

De aquel tiempo es el cuento *Su primera noche en México,* que hoy publica por primera vez *la colmena.* El maestro Velázquez lo escribió como un pasatiempo literario, y yo guardé el manuscrito entre mis papeles durante todo este tiempo, pero hoy que el autor ha muerto, es necesario que el público conozca este aspecto de su obra.

INOCENTE PEÑALOZA GARCÍA

conocida... De todos modos tal vez sería mejor quedarse ahí hasta que amaneciera en las calles húmedas, mojándose y sin rumbo. Contó el dinero que le sobraba. Dieciocho cortísimos pesos. Calculó que meterse en un hotel a esa hora le restaría mucho del caudal y decidió esperar.

¿Dónde estaba el taller de modas de su prima Elisa? En la Avenida Juárez? ¿En 20 de Noviembre? ¿En la Avenida Madero? ¿En Tacuba?... ¡Qué memoria tan estúpida; pero no acertaba siquiera el nombre de la avenida en que la casa de modas de su prima se encontraba! Lo que venía a su mente era el nombre de las avenidas famosas de México: Tacuba, Madero, Juárez, 20 de Noviembre, 5 de Mayo ¿Y si fuera en una Delegación, en Tacubaya, en San Angel o en Coyoacán? Un recurso se le vino a la cabeza. Ver el directorio telefónico. Quizá la Casa de Modas de su prima estaría en la lista. Buscaría en la G. Más de mil personas de la ciudad de México tienen el apellido González; pero ninguna de ellas era Elisa ni había ninguna casa de modas. A la mejor la casa de modas estaba a nombre de una persona diferente. Sentóse otra vez cansada, friolenta y angustiada, casi resignada a pasar la noche en el andén sobre los duros bancos cuando se le ocurrió registrar la maleta aquella causante de toda su desgracia, bien pobre era el contenido de la petaca: una pipa, un frasco de loción, un cepillo para los dientes, una pijama, una bata de seda y un smoking. Ni una letra ni un papel que indicara nada sobre el propietario. Una cartulina, metida en su mica, pendiente del asa decía: Carlos Torres.

Sentía un odio profundo contra el dueño de aquella maleta quien quiera que fuera. Lo odiaba más a medida que la noche, larga, fría y lluviosa, parecía que se había detenido como los trenes se detienen en estas pequeñas estaciones del Bajío, por allá por Azalea, junto a Pénjamo, donde solamente unos desmedrados árboles dan la idea de que hay vida. Con ira volvió a meter las manos entre aquellos objetos poco agradables y nada atractivos, encontrando por fin, un pedazo de papel del que pudo leer a la luz raquítica de las lámparas de la estación frases torpes y, por que no decirlo, babosas: "Querido Carlos:..." Concluía la carta diciendo que esperaba verlo el autor de ella pronto; pero lo importante, lo maravilloso era que al final de la firma estaba una dirección: Juan Bernal, Paseo de la Reforma No. 123.

¡Aquello era algo! Aquel tipo, Juan Bernal algo sabría del dueño de la maleta. Afortunadamente tenía todo el poco dinero que contó. Era suficiente para tomar un "libre".

La ciudad estaba brillante con los reflejos de los anuncios sobre el piso mojado; pero el bullicio cerca de la estación de Buenavista era notorio. Muchos autos iban y venían y continuaban las luces de tránsito dando las señales. El coche "libre" se detuvo ante un edificio de apartamentos, Amelia oprimió el timbre sintiendo que el corazón le salía por la garganta.

– ¿Vive aquí don Juan Bernal?

El portero, con los ojos adormilados y sin acabar de acomodarse la gorra contempló sorprendido a la joven, cuyo traje empapado por la lluvia no ocultaba que la portadora no era una de esas mujeres que callejeaban en México a horas avanzadas de la noche.

– Sí, señorita.

– ¡Gracias a Dios!... ¡Tengo que verlo inmediatamente!

– Lo lamento mucho, señorita. El señor no está en casa.

– Qué mala suerte! ¿Podré esperarlo?

– Tengo orden de no recibir a nadie.

– ¡Por favor! No me vaya a dejar a la intemperie. No tengo donde ir. Vengo por el asunto de Carlos Torres.

– ¡Ah, eso es otra cosa! Si es de parte del señor Carlitos, pase. Tenga la bondad de pasar.

Las grandes puertas de aquel edificio se abrieron. La muchacha atravesó un pasillo lujosamente alfombrado hasta entrar en una estancia iluminada, tibia y acogedora, amueblada sobriamente; pero con lujo.

Discúlpeme si la he recibido con recelo. Ya comprenderá, señorita, que en una situación como la nuestra cualquier precaución que se tome nunca sobra. Mi vigilancia es extrema; pero siempre temo que se nos cuele algún enemigo. Todos están contra nosotros y ni siquiera tenemos el recurso de pedir protección a la policía. ¡Eso sería peor todavía!

Amelia abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar, no sin dejar de levantar las cejas en gesto de extrañeza ¡Qué cosas tan raras decía aquel buen hombre!

– Si usted me hubiera dicho desde el primer momento que se trataba del señor Carlitos. ¿Está él en México?

– ...

– Comprendo. Es el primer deber de nosotros. La discreción es fundamental. Siéntese usted. Le serviré una copa.

Sin decir ni una palabra, asombrada del lujo de aquella estancia se dejó servir una copa de cognac.

– Si desea algo más la señorita aquí está el timbre. Acudiré inmediatamente.

Quedó sola ante la botella y la copa en medio de una bandeja de plata llena de frutas secas y galletas exquisitas. Todo aquello producíale una sensación rara y agradable. Con la fatiga del viaje hacía varias noches que no tenía oportunidad de descansar a su gusto, a sus anchas. ¿Quién sería el tal Carlos Torres, que viajaba en un tren de Guadalajara con un smoking, una pipa y una bata de casa? Cuando lo llegara a ver le diría... le diría... que...

Se quedó dormida.

Dos horas después, allá por las tres de la mañana despertó la muchacha con una sensación de culpa. A sus pies descansaba la petaca y todo en la estancia se encontraba tal como lo vio en el momento de entrar. Se iba a incorporar cuando oyó rumor de voces en la habitación vecina.

– Aquí tienes, Carlos. –El nombre le produjo sobresalto–. Te lo he guardado con toda clase de precauciones. Tus enemigos son poderosos.

– Lo sé. Nos vigilan de cerca.

Amelia tembló ¿Se trataría de una banda de ladrones o de traficantes de drogas?

– Ahora me voy. Ya sabes que esta casa es tuya. Cuando despierte mi mozo dile que volveré pasado mañana. En el comedor encontrarás todo y también buen whisky.

– Gracias, Juan. No te preocupes por mí.

El ruido de la puerta indicó que el aludido se había marchado.

Amelia fue incorporándose poco a poco en el sillón. El respaldo era tan alto que era comprensible que no la hubiesen advertido. Tenía miedo. Hasta se había olvidado del problema de la petaca. Deseaba marcharse sin que la vieran. De puntillas atravesó la mitad del salón y por la puerta de cristal, entreabierta, observó al ocupante de la habitación vecina que en aquel momento abría una maleta de cuero igual, ni más ni menos a la que Amelia llevaba en la mano. ¡Su maleta!

Vio aterrada cómo lanzaba al suelo con furibundos gestos de coraje y de extrañeza la ropa interior, los zapatos y hasta el anhelado bolso donde estaba la dirección de su prima Elisa.

– ¡Qué estúpida equivocación! ¿De quién serán estas porquerías?

La muchacha se puso roja de ira oyendo llamar porquerías a su pijama azul, hecha por sus propias manos con tanta laboriosidad. Siguió avanzando en dirección a la puerta.

– ¡Un momento! ¿Qué hace usted ahí?

Se detuvo como ladrón sorprendido infraganti. ¡Estaba descubierta! De pie ante ella Carlos Torres la miraba amenazadoramente.

– ¿Por dónde ha entrado?

– Por la puerta.... –tartamudeó.

– ¿Quién la abrió?

– El mozo.

– Imposible. No he oído que llamen.

– Llegué antes que usted. Me quedé dormida.

El rostro de aquel tipo, a pesar de su enfado, era atractivo; peso se nubló mucho cuando oyó que había estado ahí la muchacha.

– ¡Que ha estado usted ahí! ¡Entonces habrá oído mi conversación con Juan!

– No... no lo he podido remediar.... –las piernas se le doblaban de espanto.

– ¡Ah! ¡Perfectamente! ¡Muy bien! Ahora lo comprendo todo. Por eso quería marcharse, es usted una espía....

– Déjeme explicarle, señor, yo.....

– No se moleste en explicar nada. Soy un necio. Ha caído en la ratonera; ha entrado aquí; pero no saldrá ¡Se lo juro!

– ¿Va usted a matarme?

– Bien merecido lo tendría; pero no soy asesino. Usted no saldrá de aquí hasta que mi asunto esté completamente terminado y no pueda perjudicarme su espionaje.

– Le juro que soy inocente. Yo soy....

– Sé perfectamente quién es usted y quiénes son los que la envían. Poco escrupulosos.... ¡Vaya! .... No empiece a llorar.

– Déjeme marchar ¡por favor! –sollozó Amelia–. Le prometo no decir a nadie que es usted un.... un.. ladrón....

– ¿Un ladrón? Es de mal gusto insultar, ¿cómo debería llamarla yo a usted?

– Yo... yo... he venido... por... lo mío....–lloraba ahora sí, sin contenerse, como una niña.

– ¿Lo suyo? ¿Usted no tiene nada en esta casa?

– Sí. Mi petaca –y señaló el *revoltillo* de ropa.

– ¿Su petaca? –Un rayo de luz comenzó a aclarar la situación. ¿Usted es la dueña de esta maleta?

– Sí. Encontré en la suya la dirección del señor Juan Bernal y vine aquí.

Hubo una pausa tormentosa. Como las de los teatros cuando hay suspenso.

– ¡Por qué demonios no me lo dijo!

– Usted no me dejó hablar.

Paseó Carlos por la habitación frotándose los cabellos suavemente como si pretendiera acomodarlos.

– Es ridículo... Yo creía.... ¿Puedo saber por qué me ha llamado ladrón?

– ¿Acaso no lo es? –preguntó Amelia con ojos de duda.

– ¿Qué le induce a creer que yo sea un ladrón? –protestó asombrado Carlos.

– Dijo usted que lo perseguían de cerca. Que tenía enemigos. Luego, el mozo es tan extraño...

Carlos lanzó una alegre carcajada y contempló serenamente a la muchacha. ¡No estaba mal aún después de una noche sin dormir!

– Aquí ha habido un mal entendido. Siéntese y hablaremos.

Perdóneme. No sé cómo disculparme. Le explicaré rápidamente. Soy ingeniero de minas. He descubierto en cierto lugar del estado de Jalisco uranio. Hay empresas extranjeras interesadas en robarme los planos para dar con su ubicación, antes de que pueda yo reclamar la propiedad de tal fundo minero, ¿comprende?

Elisa sonrió y se ajustó a su vez los rizos de la frente.

– Perdóneme usted también. Estoy un poco trastornada... La pérdida de mi petaca suponía para mí una catástrofe. En ella está la dirección de mi prima que es la única persona con que cuento en esta capital. He llegado hace unas horas de Guadalajara. Es la primera vez que salgo de mi casa.

Rió Carlos mostrando una doble hilera de dientes blanquísimos y bien puestos.

– ¿Va a quedarse mucho tiempo en México?

– Indefinido. Vengo para trabajar en la casa de modas de mi prima Elisa. –Se levantó y empezó a recoger la ropa, poniéndola de nuevo en la maleta, causante indirecta de tantas angustias.

– Son las tres de la mañana. ¿No sería mejor que se quedara aquí hasta que amaneciera? Está lloviendo. Yo la acompañaré luego, para que no se pierda.

– Temo que no sea correcto....

– Hágase la idea de que aun continúa durmiendo en el sillón. Puede cambiarlo por un diván, o si prefiere puede pasar al dormitorio de Juan.

– No, no, gracias. Me quedaré aquí. Estoy tan cansada que casi no me puedo tener en pie.

Apreció Carlos la belleza de aquella muchacha, que de lejos se veía provinciana. Notó la suavidad de sus ojos claros y los bucles de la preciosa melena castaña. Le remordió la conciencia por haberla hecho llorar.

– ¿Le interesa mucho su trabajo en la casa de modas?

– Me es indiferente. Tengo que trabajar en algo. Mi hermano murió hace poco en un accidente del camión en que trabajaba y me he quedado sola.

– ¿Le gustaría un puesto de mecanógrafa?

– Escribo muy despacio a máquina.

– Yo dicto muy despacio también –su sonrisa era contagiosa–. Seiscientos pesos mensuales y seis horas de trabajo no estarán mal para una señorita espía.

– Es usted muy amable, señor ladrón. ¿Suele ofrecer empleos con tanta facilidad?

– Me considero en deuda por el susto que le he dado.

Decididamente la muchacha era preciosa. Y tan distinguida...

– Veo que está usted rendida. La dejaré para que duerma y descanse. Prometo despertarla a las siete. Tome su maleta. Si necesita algo estaré en el comedor. Tengo que trabajar. Δ